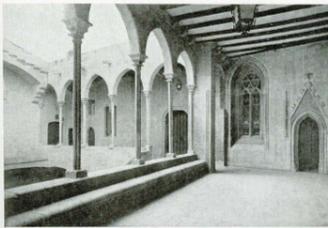




BIBLIOTECA *MARCEL·LÍ DOMINGO*

Recull de premsa local i comarcal

CIUDAD



100

FRANCISCO GONZALEZ CIBER

¿La ciudad? Mejor sería hablar de ciudades, pues Tortosa es nombre de múltiple contenido, es covecha de un lento pasar de siglos y no ciudad de golpe, por gracia de disposición administrativa o concesión oficial.

Ventitantos siglos la fueron formando, día a día, con bonanzas y tempestades del cielo y de los hombres, penetrándole su médula, y esta ciudad de ahora, dada a ruidos de motores, a cantar de altavoces y con carnaval de turistas decorando las calles del verano, muestra denostaduras sobre su piel moderna de asfalto y cemento y sacosa por ellas su entraña madura de nobles, casi derretida de tanto durar. Un hallazgo ibérico, una inscripción latina, el arco en giba, la columna enrucaada del barroco o esos balcones del ochocientos, en hilera de mirros perpetuos, son testimonios vigorosos de su razón de ser ciudad. De ser múltiple y una en el tiempo.

Cuando lo de hoy a lo de ayer, un río hinchado de nombres y hechos viene a penetrar, desde la tierra silenciosa y en sombra de su primera historia, en este agobio de la actualidad, en este paisaje de ahora, donde cueurga cada día sobre el trigo y el olivo de siempre, el juguete blanco de un avión corriendo bajo un cielo claro o atravesando telas suaves de nubes.

Tortosa tiene mucho tiempo a su espalda para el ser y el estar. Nada se hizo aquí en un momento, sino que todo tuvo años para crecer y durar como los muros de su Catedral, elevados en un espaciado hacer de cuatro siglos. Sin importar su cubercera gótica y su remate renacentista para la unidad en lo bello. Como no importa el alma pagana de los primeros tiempos, la rudeza de la fe visigoda, el largo dominio del moro o los tremendos golpes de las

revoluciones modernas para cambiarle su signo cristiano y humano, su interés por el negocio, o el cultivo de los saberes.

Todo compone un canto general, cuyas palabras fueron juntado despacio, muy despacio, las horas de muchos siglos. Horas de sombra y horas de luz caminando juntas por los años y los años.

El acontecer diario echa sobre calles y caminos a miles de ciudadanos cogidos en la diaria peña del vivir, sujetos a la oficina o a la tienda, atados al taller o a la consulta, vasallos del garrigal comercio o de la huerta hincada. Y el mismo acontecer mueve mareas de comarcas, con deseo de compras, de chisame en las cuestras o de remediar males del cuerpo. Sin una mirada posible para el espón de la Zafra, que sigue su viaje infinito sobre un océano de oscuros tejidos.

En su ser y venir de gentes que se queda en los libros de cuentas y apaga necesidades materiales, pero también da vuelo a deseos más altos. Pues estos edificios antiguos que hoy nos muestran sus piedras comías por soles y lluvias y estos documentos que recoge costumbres y hechos fueron logrados, en paz y en guerra, por afanes semejantes a los de ahora. Y el dinero ganado en diario trabajar hizo posible que un día del trecentos o del cuatrocientos, Pedro Serra o Jaime Huguet recibieran el encargo de pintar un retablo en oro de Florencia, azul de Acre y colores finos; que en el verano de 1522 la ciudad recibiera dignamente a su obispo, su Papa Adriano, o que en sitios, guerras y calamidades se usaran de recursos y resistencia.

Tiempo para el trabajo y tiempo para el placer, se equilibraron siempre en Tortosa, creando una ciudad de larga vida. Distinto el paustempo y variada la labor, según la ocasión de cada uno. También aquí y ahora encontramos, en el espacio, diversas ciudades en la ciudad, pues todos andamos sonidos diferentes para componer la complicada sinfonía de una ciudad que trabaja. Desde los arrabales extramuros, rodeados de campo y con dedicación agrícola, hasta los barrios industriales, con ruido continuo, hasta las calles comerciales, apretadas de tiendas y bendecidas, girando en órbita alrededor del Mercado, con sus mañanas repletas de gritos y apremios y tardes tranquilas donde resaba el vuelo de las palomas, hasta esa zona tranquila, calles vivas y nuevas, donde se goza vivir y descansar del andar diario.

Tortosa, una y múltiple a la vez. Con la piedra del tiempo acabado apretándole el cuerpo, con la niebla del pasado levantándose, callada, en el recuerdo; pero con teñido de deseos, con decisión de seguir siendo, segura de que se abrirán como rosas de buen agüero las mañanas por venir. Única y distinta, también, entre el recuerdo y la esperanza.

